COLECCIÓN

PREMIOS FUNGLODE/GFDD 2011 POESÍA

Premio único

César Augusto Zapata

Hechas y sospechas

PREMIO DE POESÍA

Pedro Mir

PREMIOS FUNGLODE/GFDD 2011

Premio de Poesía
Pedro Mir

Fundación Global
Democracia y Desarrollo

Institución privada sin fines
de lucro dedicada a formular
propuestas innovadoras
de naturaleza estratégica sobre
temas de interés nacional,
elevar la calidad
del debate nacional y elaborar
políticas públicas para la
gobernabilidad y el desarrollo
económico y social del país.

COLECCIÓN

Premios
Funglode-GFDD 2011
Poesía

Premio único

Hechas y sospechas

César Augusto Zapata

PREMIOS
FUNGLODE/GFDD
2011

© Editorial Funglode, Fundación Global Democracia y Desarrollo
Av. César Nicolás Penson, 141, La Esperillla, Santo Domingo, República Dominicana
Teléfonos: 809 685 9966 exts. 2803 y 2809
www.editorialfunglode.com

Primera edición: Mayo de 2012
Edición digital: Mayo de 2019

Título: Hechas y sospechas

Autor: César Augusto Zapata

Jurado:
Basilio Bolívar Belliard Salcedo
Juan José Jiménez Sabater (León David)
José Antonio Mármol Peña

Portada: Funglode

Editado en la República Dominicana

Sobre el autor

Profesor de Creatividad y Psicología de la UASD. Escritor residente en la Universidad de los Ángeles (California).

Ha publicado: *Acrobacias del ser* (poesías); *Jardín de augurios* (poema), *Un nuevo día ayer* (cuentos), *Breviarios sin límites* (cuentos), entre otros títulos.

Ha obtenido varios premios y reconocimientos.

VOZ SOLA

En la certeza de los hechos cotidianos
Asoma siempre la sospecha del poema.

UNO

Empezamos por no ver nada:
Sobreexposición al ojo de los días sin término.
Cobrarle a la vida esta ceguera por donde acecha
La muerte con sus necesidades amaestradas,
Con su aliento cortado soplando en nuestra nuca.
Empezamos por no ser nadie,
En un bosque desencantado de asfalto y lágrima.
Frente al repetido número
Que indica el fin de los sueños y las utopías.
Porque ningún mes es más cruel:
La crueldad cuelga sus vendimias en la ventana
Cuando es Abril,
Por donde nada vemos es donde empezamos.
Por no ver los días sin término el ojo calla.

DOS

Caminé junto a mí por última vez, ayer.
Hoy, supongo, voy a despedirme con voz fuerte.
Me diré esas cosas que tenía para no decirlas
Y sin embargo, tocaban puertas que jamás debieron ser tocadas.
Entonces, mañana, me imagino, abriré el corazón
Sin entenderme, para tenderme a la mano
Que es la mía, y me espera.

TRES

¿Quién quiere ser un hombre normal
Y correr sin pisar las flores de su propio jardín,
Plantando almas, corazones y esperma
Sin esperar nada?
¿Quién va a guardar el día de hoy
Para llorar mañana el tiempo perdido?
¿Quién va a nacer en el suspiro de un cuerpo
Y correrá a perderse de sí contra el crepúsculo?
¿Quién me dará la voz que falta
Para llevar laúdes a la fiesta que aún
Merece el hombre?

CUATRO

Desde entonces, desde siempre,
Pusimos nuestro sino en manos del reflejo:
Una luz pobre que se filtra por la hendija del alma.
Y esperamos siglos y aguaceros
Bajo la noche fría y desierta de amor, esperamos,
Con la certeza de que siempre llega alguien,
Toca a la puerta, descansa sus maletas en el umbral
Para continuar luego su viaje.
Desde que sé esto, desde entonces, desde siempre
No paso el cerrojo, no olvido mis pasos.

CINCO

Pero sí,
Olvido, sí, aquello que no me pertenece aunque sea mío:
El transitorio espejo de unos ojos,
La voz temblando de lo oscuro,
La luz que la palabra nunca atrapa,
Ese silencio que me espera en casa de perfil,
Todo el llanto de la edad que falta a los recuerdos.
Pero sí, he tomado en serio, sí, mi labor de sepulturero:
Me he ido a vivir con mis muertos.

SEIS

Me figuro enlutado por lo que ha de perderse:
Ese tiempo inmóvil, podrido, que es mi tiempo,
Esa luz levantándose para volver a caerse
Sin remedio ni sombra en el turno que viene.
Nada se repite ni fluye en la estación que espero.
Los muchachos son retratos tranquilos en la pared.
Nadie viene a soñar, a ensuciar con sangre la consciencia.
Todo está, antiséptico, pautado, escrito en la pantalla
Donde no ocurren milagros.

SIETE

Debo mirar a los cuatro puntos cardinales,
Construir en cada rostro mi asesino y salir ileso
De un día más, lúdico, real y paranoico.
He de buscar en el periódico el horror –puede ser válido.
Me han dicho que no debo preguntar si la sospecha ha sido escrita,
Bastante certidumbre hay ya en no hacer nada,
Cuajada de dudas nuestra mochila de viajero.
A diario se desangra la palabra en las aceras,
El cuerpo que renuncia a estas muertes
Está muriéndose de ser el cuerpo mismo.

OCHO
(Parodia del sabio y el poeta)

«Eres incómodo», me dijo el filósofo fañoso,
Y yo repetí: «Incómodo soy».
Parecía que había consenso entre poeta y filósofo
Hasta que la filosa antinomia metió sus narices.
Abrió la boca el pensador: «Incómodo soy», reafirma,
«Al Ser más allá de la adjetivación».
El poeta se miró las manos,
Tenía una manchita de tinta en la yema del índice
Y tenía, de tomarse una cerveza, ganas.

NUEVE
(Parodia al superhombre)

Veo los límites del mundo
–pantalla plana, plasma, veintiocho pulgadas–
Y me muero de aburrimiento.
Sobre la mesa la eterna cena fría,
Un libro de Nietzsche abierto en cualquier página,
Muestra la metamorfosis de un camello.
Apago los límites del mundo
–tengo control electrónico–,
Cierro Así habló Zaratustra
–Con garras de león, cierro ese libro–
Y como un niño consumo mi cena fría.

DIEZ

¿Quién o qué escribe la bitácora de los barcos anclados?
No seré yo, queriendo irme siempre con las nubes.
¿En qué muros poner el esplendor de días sombríos,
La voz de afuera que me nombra y niega a cada paso?
Por donde voy los otros ya no se aventuran,
Envejecido el lugar de origen, la puerta de escapar,
El ensalmo que trago para no salvarme.
Así las cosas en esta orilla del destierro:
Sabrás quién fuiste en el retorno al nacimiento.
Envuelto en estiércol esperarás turno
Para repetir herida y cicatriz
Sin querer ya más la voluntad rota.

ONCE

Desterrado hacia adentro no me pierdo.
Repito los pasos de minotauro débil
Y me siento a escribir en una piedra
Sabiendo que nadie vendrá a descifrar angustias
Con su espada.
Desterrado hacia adentro, rodeado de Dios por todas partes,
Recuerdo siempre lo que no han visto los demás:
Ese extraño hilo tejido de unas bocas
Que insiste en hacerme creer que hay una salida.

DOCE

Lo que intento decir cuando digo
Me resbala por el lavamanos.
Me quedo sin palabras que asoman
Y piden a gritos que las nombre.
Lo que intento decir cuando digo
Se vuelve un pájaro anidado en otro nido
Incubando un huevo siempre extraño.
Lo que intento decir cuando digo
Se revela distinto y no me asombra.
Digo que entre el mundo y lo que digo
No hay nada: Empezar de nuevo.
Lo que intento decir es el poema diciéndose.

TRECE
(Poema a una imagen de revista)

Tocar estaría permitido si nos dejaran las manos,
Si diferentes e iguales se fueran a la tersura cantando.
Besar sería un acto de perfume sobre piel de tarde,
Si nos dejaran los labios en sitio y la mirra esparcida
De la boca al pecho.
Desear pudiéramos si hubiera un corazón,
Exceso de latidos por segundo en cada roce,
Y voz entrecortada
Volviendo a la garganta placeres de otro cuerpo.
Sería real en fin –sin fotoshop – este deseo,
Sin la luna fingida que ilumina tu rostro
En otro espejo.

CATORCE

En un segundo tiempo van las manos
Tocando de esta música sus restos.
La melodía que ha perdido el día
En sus afanes de volver al tráfico,
La multitud, los emblemas innecesarios.
Todo ha pasado a sustituir la música,
El canto que una vez buscó sentido y boca.
La máquina no puede darme versos:
Soy yo en algún lugar diciéndome,
La máquina no puede darme besos.
Hago vibrar sus chips hasta el orgasmo
Y ella, sin alma, abre perversa su pantalla de esperas.

QUINCE

Extraña geografía la vida sin laberintos.
Parques, cementerios, túneles, mentiras.
Por la vía que se aleja de mi habitación
Se llega a otros domicilios, a otras
Voluntades de ser nadie, hoy que nos acechan.
Me paro en la ventana de mi frente
Y veo que todo se repite hasta el cansancio.
Al árbol ya no miro, ni a su nido de alambres,
Ni al pedazo de cielo que me toca
Cuando no pasa una pena a vuelo rasante.
Geografía sin laberintos y vida sin sorpresas,
Ahora sé que no he salido de la habitación
Y algo, fantasma de mí, mueve sus ficciones.
La verdad es el plasma, la mentira soy yo.

DIECISÉIS

Habremos de pasar en silencio el ojo de la aguja.
Sentarnos en orden, sin empujar, ocupar nuestros lugares.
Dejar meditando al poeta que se golpea contra su voz
Tocaremos suavemente las metáforas.
Cuando ya no nos quede más color para arrojarlos
Al mar, los crepúsculos, los pasillos del alba,
Regresaremos en orden, sin empujar,
Corriendo las cortinas, diciendo, armando voces,
Al poema que falta: el de los cuerpos.

DIECISIETE

Y el poema habla todo el tiempo sus silencios.
De regreso a la poblada habitación de la memoria,
Hurgué las diferentes maneras de definir la imagen.
Me puse mi locura de letras en la garganta,
Entonces vi unas flores detrás de mí
–Un jarrón transparente era la tarde–,
Me vi a mí mismo tangible en otra imagen.
Atravesé ese espejo blando de las utopías.
Letras cortantes, navajas de sueños
Afilaban su mapa de gramática nueva.
Persistía en mí la vida, la casa, la fruta, la semilla.

DIECIOCHO

«Lo que callo es de arena»
Jorge Boccanera

Con lo que callo voy a construir un puente
Para no caer en las aguas banales de los decidores
Ni en las rocas picudas de los que todo saben.
Con mi silencio voy a tender un puente hacia adentro,
Y hablaré con el que no dice pero es dueño de mis palabras:
Ese que soy lleno de voces cuando callo.
Con lo callado me recuperaré de las heridas
Que el día deja entre las palabras llenas de puñales.
Con esas pequeñas letras voy a construir un puente
Entre las dos tierras que vivo y no quiero llamar
Realidad y Sueño, sino Cuerpo de Hada y Luz Presentida.
No alcanzo a ser el Callado –me convidan–,
Suelto mis verdades perdiendo en cada letra
Migas de mí muriendo por el aire.

DIECINUEVE

Entre cielo y mar todo está ocupado
Por manos desesperadas como aspas,
Y pies para el escape enfermo.
Caminas sobre aguas, suspiros, lamentos,
Ojos sorbiendo ruinas ante un monitor.
Un día y otro en el hundimiento.
Tú sabes que puedes transformar estas piedras,
Aunque ahora te niegan la mano de otro himno,
Abiertos los ojos, salir de la cisterna.
Te niegan ser dios que sueña con ser dios
(Así, en minúscula, poeta).
Pero no despiertes, respira otro aire si lo hubiera.
Mueve las manos para remontarnos
En el trazo de tinta que alumbra y no cesa,
Aunque todas las anclas tiren hacia abajo,
Aquí están las aspas, las alas del poema.
Modela tu voz para vencer los soles,
Dispara, poeta, tu decir de siglos:
Todo nos pertenece en cada letra.

VEINTE

«Yo vengo a ofrecer mi corazón»
Fito Páez

Aunque los Ángeles se quedan muy callados,
Yo vengo a decir este poema.
Aunque han tirado duro de mis dedos
Los áulicos cantores del aullido,
Yo vengo a decir este poema.
Aunque he perdido amigos en la manía de escribir,
Yo vengo a decir este poema.
Aunque ya nadie mire a los ojos de la luna,
Yo vengo a decir este poema.
Aunque no haya manos que se extiendan
Al corazón que se ofrece,
Yo vengo a decir este poema.
Aunque la calle siga siendo ese dolor
De hueso que se roe,
Yo vengo a decir este poema.
Aunque amar sea un espejismo de la desilusión,
Yo vengo a decir este poema.
Vendrá alguien, haciendo un alto en el camino,
Que ignorará horarios y rutinas,
Recogerá del silencio esta, mi luz pequeña,
Y habrá valido la pena.

VEINTIUNO

Nadie quiere pasar el ojo de esa aguja
Aunque prometan el cielo al otro lado.
Sin esfuerzo extender la mano hacia el fruto,
Arrojando piedras al centro de unos ojos,
Y ensuciando la trasparencia del día
Como si fueran de todo único dueño,
Esos que tienen muertas las manos,
Muerta la quebradura de encubrirse,
Sucios, toman su puñado de silencio,
Su no decir albas,
Y lo arrojan al rostro del primer transeúnte.
Oh, la ausencia de ser alguien.
Del chat: el espejo es negro.
La soledad promete sus espectros.
Nadie pasará sin rostro el ojo de la duda.

VEINTIDÓS

El mar extiende su sábana malva,
Su mantel fino. Dispone la mesa.
Dispone los frutos y las viandas del día.
El que vendrá a comer está en todas partes
Como las partes son él mismo.
Convocado a este destierro,
Voy haciéndome lugar en la mañana marina.
Para los demás solo está amaneciendo.
Para los demás una luz repite sus aguas.
Busco mi lugar entre todo lo que emerge
Sabiendo que Noche hará su ronda
Y volverá sin Dios a los abismos.

VEINTITRÉS

Esta es la realidad:
Un ave suspendida sin alas y sin cielo,
Un papel en blanco en medio de las voces,
Una linterna que se apaga silenciosa,
Y no amanece,
Un gesto se ase del aire y ausencias.
Esta es la realidad:
Una separación que hicimos
Asesinando al vuelo las Quimeras,
La luz de las palabras,
La presencia de las caricias.
Esta es la realidad:
Un mar de manchas y peces muertos,
Una casa vacía anocheciendo.

VEINTICUATRO

El amor, venido de repente,
Cuando el aire es menos aire, se hace mirada.
Cuando el ojo es menos luz, toca.
Cuando las manos son más agua, mana labios.
Cuando los labios no son besos, al aire vuelve.

VEINTICINCO

1
Falso horizonte:
El cable del tendido eléctrico
No tiene palomas.

2
El horizonte es un cable del tendido eléctrico
Sin palomas.

3
La paloma se posa en el horizonte:
Falso cable del tendido eléctrico.

4
El horizonte eléctrico,
Tendido sobre falsas palomas.
Es un cable.

5
Palomas eléctricas en el horizonte:
Falso cable del tendido.

VENTISÉIS

El poema real se esconde detrás del desayuno,
Toma la forma de un pan que se demora.
El poema real se golpea contra las puertas
Para entrar a la hora de los regresos.
El poema real, el que no he escrito,
Se tarda en venir de la construcción y el yeso.
El poema real, el que quisiera,
Tiene fiebre en un banco de hospital.
El poema real succiona el pecho ya muerto
De la madre utópica.
El poema real me desespera:
Cabalga, no acaba de llegar,
A pesar de estos diez lápices
Con que araño el desvelo.

VEINTISIETE

Soy el Espejo Mágico:
Hoy nadie vino a mirarse en mí
Que extendí la piel hasta la pureza.
Los espejos vivos ya no somos seductores,
Y las malvadas reinas no preguntan
Quién es la más bella.
Las doncellas se desarman en
Habitaciones sin luces ni reflejos.
Debo celebrar la soledad de este día
En la planicie sin caricias
Que es mi borrosa memoria de azogue.
Nadie ha venido,
Un encantado nulo ha comparecido hasta mí,
A la cortante arista donde yazco,
Superficie pulida y sin oficio
Que se ha olvidado de Alicia y de Narciso.

VEINTIOCHO

Quizá, si estuvieras aquí, en esta letra,
Si estuvieras mirando al horizonte con mis ojos,
Este lugar sería otro:
El barco oxidado que desangra su quilla
De aceite sobre el mar, la estrella equivocada
Que asoma antes de tiempo
En un cielo que no acaba de hacerse azul,
Los niños que juegan con agua y arena.
Este lugar sería otro si estuvieras aquí.
Tal vez habría jardines brotados de tus manos,
Un pájaro cantara posado del crepúsculo,
El barco zarparía con silbato
Y los niños fueran nuestra gota de universo,
Nuestro grano de mostaza.
Si estuvieras aquí
Solo tú y yo seríamos los mismos.

VEINTINUEVE

Thomas y Manuel jamás se conocieron.
Uno creía que el mundo terminaría con un suspiro,
El otro, que habría comenzado en una barbería.
Los dos se equivocaron como se equivocan los poetas:
Nada tiene fin para quien nada ha comenzado.

TREINTA

Un viejo libro contaba la guerra como historia,
Contaba ese fragmento del recuerdo
Cuando nada acontece fragmentado,
Contaba la voz del pasado
Para ignorar la mirada sin párpado del presente,
Contaba lo que queda de la nada:
El testimonio o el pedazo de papel escrito
Que posó polvoriento a los pies de un sobreviviente.
Pero contar la guerra como historia es ignorar
La ventana de los días vivos despedazados
Por donde se puede ver la luz del último ataque.
La guerra es la misma desde la quijada de aquel asno.

TREINTA Y UNO

Decir: «Yo soy Nadie»,
Con el pensamiento lleno de una mujer que teje,
Viajando por extrañas noches de sirenas
Y venciendo todos los obstáculos que opone el mundo,
Es un exagerado sueño de ser alguien.
Decir: «Yo soy Nadie»,
De pie frente al mástil
Del barco que no zarpará nunca
Para cruzar la difícil esquina del barrio
Donde Aqueronte cobra su peaje,
Es escoger la edad de la casa y sus dimensiones.
El niño en el patio jugando con la madre,
Es hoy solo el retrato de otro tiempo,
Las vasijas metálicas brilladas hace años
Resuenan el canto que solo escuchas tú.
«Yo soy Nadie», te repites cuando tocan a la puerta
Y te exigen: «Hora de irse, Ulises».

TREINTA Y DOS

La evolución de nuestra casa es un silencio.
Dios debió pensar –no sé en qué– antes del verbo.
Creciendo hasta alcanzar la voz, se detiene en la lámpara,
La silla roja, los fármacos, el irse lejos,
Abandonarás padre y madre para luego llorarlos.
Yo recuperé la fruta perdida ayer hasta la tarde
Y será deleite de saber el cuerpo y la memoria.
Alguien nos enseñó a guardar en nuestra sangre
El paso de las cosas por la vida.
Entiéndeme bien, lector:
La evolución de nuestra casa es una letra,
Si sigues aquí es porque yo te nombro,
Para olvidar una voz necesitas otra voz,
Para permanecer por siempre, una memoria
Necesita otra memoria, oscura y cambiando.
La evolución de nuestra casa es una huella
Borrándose en la arena.

TREINTA Y TRES

Bienvenido: aquí te espera la taza de los remedios,
Aquí la niña con los ojos desiertos,
Aquí la sal de las últimas lágrimas,
Aquí el asfalto de los siglos,
Aquí el perdón que humea en el café,
Aquí la costumbre de la piel,
Aquí el secreto dicho demasiado tarde,
Aquí está el tren de la rutina,
Aquí está la mano con verdades apretadas,
Aquí está el árbol diciendo susurros,
La fruta de la vehemencia podrida en el frutero,
Los pliegues del tiempo sobre el cuerpo,
La máscara y el rostro ya ajeno.
Bienvenido: aquí está todo lo que pudo esperar,
Y allá todo lo que se pierde en el regreso.

TREINTA Y CUATRO

Allá está la estrella muerta insistiendo en brillar sin permiso.
Eso que resbala sobre la tarde y nadie nombra
Hace confundir su gesto con el mío.
Pero entonces se columpia sobre sus raíces,
Levanta ramas en un esfuerzo por desanclar su leño.
Marca el vacío con verde-azul, se filtra la estrella,
Y grita en su mudez su sola canción extinta.
Elevo mis manos y la luz atraviesa mis dedos;
En mi piel ha empezado a crecer un liquen
Entre nudos y rugosidades.
Inmóvil veo los ciclos de la luna
Y aferro mis pies a esta tierra.
Podría parecerme al árbol del crepúsculo
Pero únicamente soy un hombre solo.

TREINTA Y CINCO

Adentro una ciudad se erige,
Sus capiteles y arquitrabes brillan con el sol.
Un hombre se vislumbra en el horizonte,
Camina hacia el arco de entrada de la ciudad desolada.
Una mujer lo espera con todo el viaje a sus espaldas.
La figura ya se perfila contra el horizonte.
Cuando puedo ver su rostro soy yo mismo,
Y la mujer es mi madre llorando una casa vacía.
Despierto sin saber lo que he soñado.
Alguien me dice adiós por la ventana.
La madrugada es alta todavía.

SOLO DE VOZ

Siempre tuve las manos sobre ese espejo cimbreante,
Y he dado mi concierto de amor delante de la culpa,
Mirándome a los ojos mis ojos: duplicidad de los recuerdos,
Auditorio donde un niño de lejos –solo un hombre– enternecía.

Nadie nos conoce de memoria: cada día otra armonía nos viste.
A mí, la voz frágil, el escondite del instrumento, la música por dentro.
Así, la memoria hacía su concierto: un pájaro abatido.
De tanto batir esferas, pompas del decir sobre el alféizar.

Sí, mi canto, el sol posado en las volutas de polvo,
Su inesperado oscuro de garganta, su voz de ninguna primavera,
Su envés ardiendo en la tristeza, su lluvia.

Si mi canto amaneciera en su ronda de intemperies,
Palpitaría eso que busca la palabra: el simple corazón abierto,
La humana condición que se despeña.

Vuelvo, terquedad de clavicordio, a sonreír sin ver la luna,
Sin despertar aún a la noche que descubre
Su habitación de cansancios y presencias inciertas.

Desde el agua, solo de voz, sed sonora ha de cantar.

Ciegas ramas cargadas de ese fruto oscuro, huella,
Escuchar a nadie palpitando detrás de las paredes.
Ahí va la música de esta soledad, en su instrumento huraño.
Piano desolado en su descenso al silencio que abate.

No hay dedos en las teclas que avanzan de lo oscuro,
Hay sordina en la palabra en re bemol.

Antes cantaba el río de la risa entre mis piedras
Y se perdía vibrando sin nombre ni memoria
Para regresar a su cauce en las mañanas.

Ahora el sostenido de la sangre es lo que entona,
Leve como una huella, su asonancia de intemperies.

Voy a cantar, tal vez, en la ventana del fantasma,
El cristal, la lluvia, las cenizas.

Pulverizado allegro recojo en las molduras.
Antojo de cimbrear frente a la imagen
Que de negro llena los cristales.

Pero quiero cantar aunque la voz se retraiga
Al fondo de los mudos corazones.

Quiero mi solo de voz lleno de llanto y humo,
Quiero mi naufragio de verbo debajo de los trenes.
Quiero el grito en las profundas disecciones de nadie,
De la noche que viaja como loca a su callarse.

El grito dicho, modulado, alto en sus matices,
Quiebra cristales de presencias.

Coro de lo yermo, entona estas verdades, averigua raíces.
Pero limpia la letra, el canto, al sur de las mañanas,
Perfil del sol callando acordes.

Visto de luz esa palabra que tensa su decir
Y apunta a la multitud todavía ciega.

La ondulación inestable de la piedra en la garganta
Abre la puerta al mediodía de escribir devastaciones.

Pero yo voy cantando, esperando a los convocados
De esta letrilla sin decir que voy diciendo.

Era perfecta serenata, pero ardía (el día)
En su instrumento de agua y geografía.

¿En qué lugar sombrío la bestia avasallante
Compite con el canto, observa despertares?
No lo sé todavía, pero presiento su respirar:
Desarmonía del canto que busco en los restos de la lluvia.

Y resistir a la bestia con himnos del augur,
Y resistir el veneno con la saliva (savia) de la música.
Se propaga una nota inviolable del violín a la tarde,
Y pasa en tiempo medido a los metales y maderas,
Y percute luego o bien se estira en una piel,
Y llama con señales para que el ojo escuche.

Quiero escribir ese ritmo de minutos permitidos,
Estiramiento del instante llenando de hosannas
La total desolación de este otro bosque.

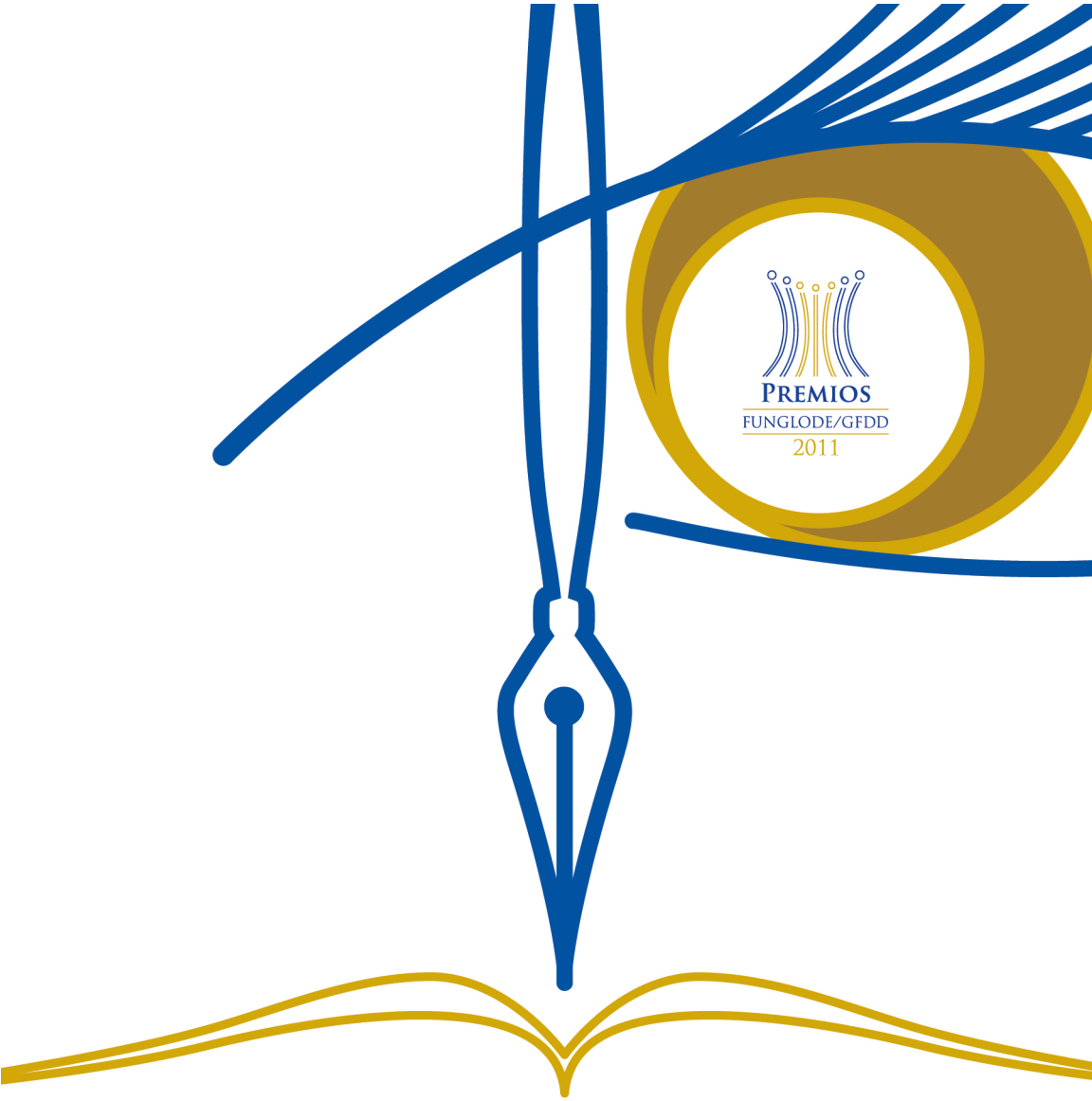
Tinta el son en su dádiva de espectros:
Llena el agua del alba con ausencias sonoras,
Y vamos, un día más, trazando en el espacio
Un gesto de batuta, consistencia del aire:
Poema que retorna a su luz, libre demencia.

Lamento de nadie en la llama de una vela,
Sostenido de albor preside llamaradas,
Sinfonías que subirán para arrasar los ojos
Con agua, sal y humo, ¡despertares!

Soledad del aire sonando: la música,
Sala de espera en medio del entonces,
Tampoco es posible decir tímpano,
Membrana rotunda en círculo del fuego,
El tiempo hace lo que quiere y nada exime.

Solo la música redime con su ilusoria presencia.
Solo ella nos mata de una soledad sonora.

PREMIOS FUNGLODE/GFDD 2011 POESÍA



FUNGLODE
GFDD

ISBN: 978-9945-616-03-3